



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10

Cent.

AND C. NUM. 31

ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN Y DE MADRE

LECTURA

AÑO 1
NÚM. 31

SEMANAL

PRE-
CIO:
10
CTS.

1 JUNIO
1926

POPULAR

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Monzón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira

(Continúa en la penúltima página).

— ¡Señor!...

— ¡Quiero que seas feliz, que tengas lo que mereces!

— Nada me falta; soy dichosa.

— ¿Dichosa en la miseria? ¡Imposible!

— Todos me aman.

— ¡Y yo también!

— Mi noble señor...

— Es preciso que tu situación cambie. ¡Así lo quiero y así será! En vez de vivir en una choza, habitarás en una casa, tendrás ropa mejor que la mujer más rica de la aldea, y criados que te sirvan y te respeten.

— ¡No he nacido para eso!

— Eres una criatura como todas.

— ¡Una pobre mujer!

— Dentro de una hora te espero en mi casa.

No había medio de resistir esta orden.

— ¡Obedeceré! — balbuceó Mariana.

— ¡Pues hasta luego! — dijo el señor de Saavedra en tanto que fijaba en la niña una mirada ardiente y dominadora.

Ella se alejó.

— ¡Oh! — exclamó el caballero — ¡Nunca he visto belleza igual! ¿Y han de ser esos encantos para un rudo campesino? ¡No, no! ¡La belleza de esa criatura me ha encendido el alma, y no viviré tranquilo si no satisfago mi deseo!

No exageraba el señor de Saavedra, pues se sintió devorado por la llama de una impura pasión.

¿Por qué había de detenerse?

Era un personaje, y Mariana una infeliz que no merecía ninguna consideración.

Para conseguir lo que anhelaba, todos los medios le parecían a don Pedro aceptables, y lo mismo emplearía el engaño que la violencia.

¿Quién haría conocer el peligro a la inocente Mariana ?

¿Quién la defendería ?

Si al menos hubiera tenido padres, tal vez se habría salvado; pero, sobre no contar con protectores, llevaba en su ser más de un terrible enemigo: su inocencia y candidez, las condiciones de su organización impresionable, su imaginación ardiente y soñadora, y, por último, lo que había sentido al ver al hermoso caballero que hablaba aquel lenguaje tan dulce, que fascinaba con sus ojos y que deslumbraba con su ropaje de terciopelo y sus adornos de oro y pedrería.

Nunca había visto Mariana tanto lujo, ni siquiera había podido concebirlo.

Todo esto debía contribuir poderosamente a la perdición de la joven.

Además, estaba la influencia incontrastable que el grande ejerce sobre el pequeño, el rico sobre el pobre, el poderoso sobre el débil.

Y el señor de Saavedra era astuto, mientras que la pobre niña era cándida.

Conocía el miserable corazón humano, y Mariana era inocente.

¡Pobre niña!

Don Pedro, trazando planes para satisfacer su anhelo impuro, volvió a su morada y aguardó con impaciencia.

Dos horas después se presentó Mariana para recibir las órdenes de su señor.

Dispuso éste que la joven se instalara en la casa y que se la comprasen ropas mejores y cuanto pudiera necesitar, justificando todo esto con el deseo de hacer un beneficio a la desvalida huérfana.

Las órdenes del caballero fueron ejecutadas con prontitud.

Todos miraron con envidia a Mariana, porque no había quien sospechase la horrible suerte que aguardaba a la infeliz.

Ella misma se creía dichosa; nada temía, porque no había sospechado que el lobo se ocultaba bajo la piel del cordero.

CAPÍTULO CI

Sigue la historia de Mariana

Mariana era inocente y débil también desde el punto de vista del trastorno que pudieran en ella producir los arrebatos de una pasión; pero al mismo tiempo era fuerte con su virtud, tenía el instinto del bien y el mal, y con su instinto se defendió, comprendiendo muy pronto el señor de Saavedra que el triunfo no era tan fácil como había creído.

Escuchábale Mariana, que se mostraba indiferente al amor de que le hablaba el caballero; pero al mismo tiempo desconfiaba, y su desconfianza era su salvación.

No era don Pedro hombre de mucha paciencia, y bien pronto decidió apelar a medios extraordinarios.

¿Qué haría para conseguir lo que anhelaba?

Fingió que sufría mucho.

A todas horas se le veía con la cabeza inclinada sobre el pecho y como meditabundo y triste.

—¿Qué le sucede?—se preguntó Mariana.

Y triste se sintió también.

Así pasaron algunos días más.

—Me iré muy pronto—dijo una tarde el caballero a la pobre niña, que se encontraba en el bosque.

—¿Que os vais?—exclamó ella como si se sintiese poseída de terror profundo.

— ¡Sí, porque aquí soy muy desgraciado viéndote a todas horas y amándote más cada día!

—Pues yo soy feliz con vuestro amor—repuso ingenuamente Mariana.

No necesitaba más el caballero para entrar en consideraciones sobre su situación y expresar cuáles eran sus deseos, jurando que si no los satisfacía, la vida le era odiosa, y apenas volviese a Madrid arreglaría sus negocios y pediría un empleo para el ejército de América, adonde iría en busca de la muerte, que era el descanso.

Horrorizada se sintió la joven; pero, al mismo tiempo, las palabras de su seductor halagaban su amor propio.

¡Morir por ella!

¡Y de ella dependía la vida y la felicidad de aquel hombre!

La turbación de la infeliz llegó al último punto. Aprovechando la ocasión, don Pedro hizo acaloradamente, y con los más vivos colores, una pintura de su inextinguible pasión.

Admirábase Mariana de que tan elevado personaje dencendiese hasta una infeliz villana; pero el señor de Saavedra dijo que el amor no reconocía diferencia de clases, asegurando que por su belleza y sus virtudes era digna de él la pobre Mariana.

Produjo esto un resultado que no era el que esperaba don Pedro, pues la joven tomó la teoría tan al pie de la letra, que creyó firmemente que era digna de ser esposa de cualquier personaje.

Verdad es que no podía comprender el amor con otro fin que el de la unión legítima y bendecida por el sacerdote, y, partiendo de este error, fijó una mirada de asombro en el caballero, y exclamó:

— ¡Yo vuestra esposa!

Fueron estas palabras un rayo de luz para el señor de Saavedra.

¿Por qué no había de prometer que se casaría con la aldeana ?

No se creía obligado a cumplir los juramentos de amor; y, sobre todo, ¿quién había de exigirle la responsabilidad ?

Si satisfacía sus deseos, todo lo demás le importaba bien poco, y con un puñado de oro pagaría el honor de Mariana.

No debemos entrar en detalles sobre aquella conversación, porque tendríamos que prolongar demasiado el relato de esta historia, y solamente diremos que desde aquella tarde la pobre Mariana debió considerarse perdida. Su trastorno era cada vez mayor, y llegó un momento en que no acertaba la infeliz a darse cuenta de lo que sentía.

No necesitaba más el miserable seductor.

Demostraciones de desesperación, súplicas y halagos, todo lo empleó, y una semana después había triunfado.

La desgracia de la joven no tenía ya remedio; pero no la comprendió, sino que, por el contrario, se creyó feliz como nunca.

No sentía temores, porque creía imposible que un caballero olvidara sus promesas.

Había hecho el sacrificio de su honra; pero, ¿no iba muy pronto a ser la esposa del que la había deshonrado ?

Transcurrieron otros quince días.

Acabó don Pedro de arreglar todos sus asuntos.

Como su amor era puramente sensual, empezó a mirar con indiferencia a la pobre Mariana.

Dispúsose el criminal a partir; y como si la Providencia hubiera querido darle un aviso advirtiéndole que cometía un horrendo crimen, cayó enfermo gravemente.

Más de un mes estuvo postrado, y Mariana no se se-

paró un instante del lecho, dirigiendo a todas horas súplicas al Omnipotente para que salvase la vida del hombre a quien tanto amaba.

Fue dominada la enfermedad; pero tan debilitado quedó el señor de Saavedra, que aún pasó otro mes antes de que pudiera emprender el viaje.

Al fin pudo exclamar:

—¡Partiré mañana!

—¡Sí!—dijo la joven.

—Ahora es imposible que me acompañes—replicó el caballero—, porque he de hacer ciertos preparativos y arreglar algunos negocios. Además, se murmuraría si te vieses conmigo antes de que el sacerdote haya bendecido nuestra unión.

—¡No puedo quedarme—dijo enérgicamente Mariana—, no puedo permanecer aquí una semana más!

—¿Y por qué?

—¿Olvidas que estoy deshonrada?

—Nadie conoce el secreto.

—Muy pronto será conocido.

—Tranquilízate, que las personas que me rodean...

—¿No me has entendido?—preguntó la desdichada joven fijando una mirada intensa en su seductor.

—Creo que sí.

Guardó la infeliz silencio por algunos instantes, y luego, mientras que de sus ojos brotaba un raudal de lágrimas, exclamó:

—¡Soy madre!

—¡Oh!—murmuró don Pedro con voz sorda.

—¡No, no puedo permanecer aquí; partiré contigo!

—Pero...

—Permaneceré oculta hasta que pueda presentarme al mundo sin peligro de nuestra reputación.

—¡Imposible!—replicó el señor de Saavedra esforzándose para dominar la turbación que le había producido la

revelación verdaderamente terrible que de su estado acababa de hacer Mariana.

Empezó ésta a comprender su verdadera situación, que la horrorizaba doblemente por el hijo que llevaba en sus entrañas.

Recordó a don Pedro sus promesas, suplicó y amenazó; pero no consiguió más sino que el miserable le entregara un bolsillo con una buena cantidad de oro y le hiciera nuevos juramentos de no olvidarla y de volver antes de dos meses para ser su esposo y llevarla después a la corte.

No era esto bastante para que la infeliz se tranquilizara; pero ¿qué había de hacer? Quiso otra vez creer que no era posible que su seductor la engañase, y se resignó a esperar.

Al amanecer de la mañana siguiente partió el señor de Saavedra.

Sintió la joven destrozada el alma.

Contempló al caballero, y cuando le perdió de vista, exclamó:

— ¡Dios misericordioso, castigadme severamente; pero protegéd a mi hijo!

Desde entonces la pobre Mariana lloraba sin cesar, y pasaba los días en el bosque y junto al arroyo a cuyas orillas había visto por primera vez al miserable que la había deshonrado.

Allí evocaba los recuerdos de la dicha, que había pasado para no volver; allí pensaba en la inocencia que la había hecho tan feliz, y en el amor que aún abrasaba su corazón sensible y dolorido.

Y las horas transcurrían; horas de horrible tristeza.

Y el sol se ocultaba tras las cumbres de Occidente, y otra vez aparecía sobre las cordilleras de Oriente.

Y lo mismo que las horas y los días transcurrieron las semanas.

Un mes pasó.

Otro también.

—¡Pronto vendrá!—dijo entonces la pobre Mariana. Su debilidad era ya pública.

Los habitantes de la aldea la miraban con profundo desdén.

Sus amigas de la niñez le volvían la espalda.

El honrado pastor que la había servido de padre no quería ya darle el nombre de hija.

¡Situación horrible!

Todas las mañanas, al sonreír la aurora, colocábase Mariana sobre una cumbre desde donde descubría gran trecho del camino que conducía a la capital.

Con la mirada fija y anhelante esperaba, estremeciéndose cada vez que distinguía un bulto.

Muchos caminantes atravesaban por allí; pero ninguno era el opulento señor.

—¡Vendrá mañana!—decía la joven cuando se cansaba de esperar.

Y al día siguiente fijaba otra vez la mirada en el sendero.

¿Estaba enfermo el seductor?

Esta pregunta se hizo muchas veces la joven, y la dirigió también al mayordomo; pero éste contestaba con fría indiferencia.

—Su señoría no escribe, y, por consiguiente, no sé lo que le pasa.

Y como también otro mes transcurrió, y otro mes luego, Mariana se entregó sin reserva alguna a todos los transportes de la desesperación.

—¡No llores, muchacha—le decía el mayordomo—, porque nada has de conseguir! ¿Crees que un caballero tan noble y tan rico como el señor de Saavedra ha de casarse con una infeliz como tú?

Ni más consuelo ni más defensa que sus lágrimas tenía la infeliz joven.

Así llegó el día tan solemne como terrible, y mientras exhalaba ayes de mortal dolor, estrechó contra su pecho a su hija, fruto de su debilidad, o más bien de su inocencia y de la ruindad de don Pedro.

Como si lo que había sufrido fuese poco, algún tiempo después el mayordomo le dijo que era preciso que se alejara de aquella casa, donde nada tenía que hacer más que dar un mal ejemplo.

Dinero tenía la pobre Mariana, puesto que no había tocado aún el que le dejó don Pedro; pero ¿adónde iría?

Despreciada sería en todas partes con su deshonra.

Dispúsose a partir, y entonces el mayordomo, como si se complaciera en atormentar a la desdichada, le dijo:

—Nuestro noble señor acaba de casarse con una ilustre dama.

El golpe era demasiado terrible.

Mariana exhaló un grito y cayó sin conocimiento.

El trastorno produjo una grave enfermedad, que tuvo a la infeliz mucho tiempo entre la vida y la muerte.

Quiso Dios que se salvara.

Recuperó las fuerzas.

Sospechó que el mayordomo había mentido para desvanecer su última esperanza, y queriendo convencerse y conocer la verdad, decidió trasladarse inmediatamente a Madrid.

CAPITULO CII

Sigue la historia de Mariana

No es posible que demos a conocer con todos sus detalles los sufrimientos de la pobre Mariana durante aquel viaje penosísimo, pues fatigáramos la atención de nuestros lectores.

Los medios de comunicación entre las poblaciones eran entonces muy difíciles, y, además, la infeliz joven no había recobrado tan completamente la salud que pudiera soportar toda clase de fatigas.

Más de dos meses tardó en llegar a Madrid.

Instalóse en la primera posada que encontró, y preguntó inútilmente por don Pedro de Saavedra.

Aunque era éste un personaje de importancia, no se le conocía sino entre la gente de elevada clase; por consiguiente, había de pasar mucho tiempo antes de que le encontrase Mariana.

Acostumbrada a vivir en el campo, se sintió aturdida al entrar en Madrid, y esto contribuía mucho para entorpecer las averiguaciones que tanto la interesaban.

Con asombro, y a veces con terror, miraba la joven cuanto la rodeaba, y muchas veces no se atrevía siquiera a preguntar.

Así pasaron bastantes días.

Comprendió al fin que en la posada gastaba más de lo que le convenía, y como pensaba continuar en Madrid, cambió de sistema de vida y alquiló una habitación, o, lo que es igual, fue a la costanilla de Santiago.

El bolsillo, lleno de monedas de oro, le permitió sostenerse bastante tiempo, y esto era lo único que la tranquilizaba.

Al fin consiguió saber dónde habitaba don Pedro de Saavedra y que éste no se había casado todavía.

Nuevas esperanzas renacieron en el alma de la infeliz joven.

Quiso ver al caballero; pero se encontró con que éste había emprendido un viaje.

Era preciso esperar.

Mariana se resignó.

A nadie quiso dar explicaciones de sus desgracias, porque antes que publicar su deshonra hubiera preferido morir.

Así llegó a ser misteriosa para los habitantes de la casa de la Costanilla, que con frecuencia se preguntaban quién era aquella mujer.

Interminables le parecieron los días a la pobre Mariana.

Sus recursos disminuyeron considerablemente, y la infeliz tendría que soportar la más espantosa miseria si don Pedro no volvía muy pronto.

A todas horas estaba su espíritu profundamente agitado, y su salud se quebrantaba, aunque no para postrarse.

Continuando lo mismo, debía contraer una de esas terribles enfermedades contra las cuales la ciencia es impotente, y que poco a poco acaban con la vida.

Don Pedro volvió a Madrid.

Había llegado el instante deseado y terrible.

Una mañana a las diez se presentó la joven en la morada del caballero.

—¿Qué quieres, muchacha?—le preguntó el portero con aspereza.

—Necesito ver al señor don Pedro.

—¿Y para qué?

—A nadie más que a él puedo decirlo.

—Supongo que vienes a pedir una limosna, en cuyo

caso te advierto que has de entenderte con el mayor domo.

—¡Limosna!—murmuró Mariana con voz sombría.

Y sus mejillas se enrojecieron como si fuese a brotar sangre.

Aunque huérfana y pobre, desvalida y desgraciada, era por naturaleza orgullosa la joven: no puede hacerse comprender lo que sufrió en aquellos momentos.

Su mirada ardiente y penetrante se fijó en el portero, diciéndole con breve tono:

—¡Repito que tengo necesidad de ver al señor don Pedro de Saavedra!

—Pues es muy difícil que lo consigas.

—¿Por qué?

—Mi noble señor no recibe a todas las personas que quieren visitarle, sino a sus amigos.

—¡A mí me recibirá!

—¿En qué te fundas para creerlo así?

—¿Qué os importa?

—Lo mejor que puedes hacer es irte y evitarme el disgusto de hacerte salir de mala manera.

—¡No me iré!

—¡Ahora lo veremos!

Y como el portero gritaba, Mariana gritó también, resultando así que empezó a producirse el escándalo, que algunos transeuntes se detuvieron a la puerta de la casa, y que otros criados oyeron las voces y acudieron.

Queriendo evitar un conflicto, dieron parte de lo que sucedía al señor de Saavedra.

Dispuso éste que se preguntara su nombre a la que con tanto empeño solicitaba entrar.

• Hiciéronlo así, y volvieron para decirle que se llamaba Mariana.

Palideció el caballero y empezó a perder la tranquili-

dad, porque temió que su víctima diera explicaciones de su desgracia.

Ante todo le convenía aplacar a la infeliz, evitar el escándalo y ganar tiempo hasta que le fuera posible adoptar otra resolución.

No podía concebir el caballero que la campesina aspirara seriamente a ser su esposa, y supuso que lo que quería era que le diesen algún dinero.

—Ignoro quién es esa mujer—dijo el señor de Saavedra—; pero dejadla entrar, porque si viene a pedirme algún socorro, no quiero que se vaya sin él.

Así aparentaba el miserable que sus sentimientos eran los más nobles.

Subió Mariana.

Al ver a su seductor, a quien amaba todavía, quizá más que nunca, exclamó la infeliz:

—¡Ah!

—Sosíégate—interrumpió el caballero—, y no levantes mucho la voz, porque hay peligro de que los criados escuchen.

—¡Me han maltratado!

—No te conocen.

—¡Por fin os veo, mi noble señor!

—Mis negocios no me han permitido volver a la aldea.

—¡Cuánto he sufrido!

—Ahora concluirán tus desgracias—replicó fríamente don Pedro—. Si me hubieras enviado un aviso diciendo que te encontrabas en Madrid, todo se habría remediado fácilmente.

—¡Yo necesitaba veros!

—¿Y a qué has venido a la corte?

Esta pregunta produjo en la joven un efecto inexplicable.

Se sintió como anonadada.

No acertó a responder.

¿Por qué su seductor le dirigía aquella pregunta?
¿Acaso no debían unirse con lazo indisoluble?

El caballero, después de algunos minutos, y viendo que la joven quedaba silenciosa y no hacía más que mirarle fijamente, dijo:

—Tu situación debe de ser mala, no se me oculta; pero no te apures, porque soy rico.

—¡Señor!...

—Ahora mismo te daré dinero suficiente para que tu porvenir quede asegurado.

—¡Dinero!—dijo con voz sorda Mariana.

—Supongo que es cuanto necesitas; pero si me equivoco...

—¡No—replicó la pobre huérfana—; no he venido a Madrid en busca de dinero, sino del cumplimiento de la promesa que me obligó a sacrificar la honra!

Arrugóse el entrecejo del señor de Saavedra.

La joven prosiguió diciendo con febril exaltación:

—Siendo yo muy niña murieron mis padres, y pude vivir gracias a la generosidad de un hombre honrado. Nada poseía en el mundo más que mi pureza, nada más que mi honra, que era mi único tesoro y mi orgullo. Aunque pobre, yo vivía tranquila y feliz, y vos...

—Correspondiste a mi pasión porque así te pareció bien.

—Correspondí porque jurasteis amarme siempre y ser mi esposo.

—¡Pobre muchacha!—dijo desdeñosamente el caballero.

—No he sacrificado mi pureza a cambio de un puñado de oro, y nunca hubiera escuchado vuestras palabras si no me hubiérais dicho que para el amor no había nobles ni plebeyos, ni pobres ni ricos, ni grandes ni pequeños. Os creí, porque me parecía imposible que un hombre de vuestra clase mintiera, y más imposible que

un caballero que blasfemara de noble pudiese complacerse en mortificar y labrar la desdicha de una pobre mujer que no tenía más amparo ni más defensa que su dolor y sus lágrimas. Si yo fuera una gran señora y tuviese padres o hermanos que os pidieran cuenta de vuestro proceder, podríais al menos decir que al abusar de mi inocencia arriesgabais la vida, y que, por consiguiente, si habíais cometido una mala acción, no erais un cobarde.

La cándida niña discurría admirablemente.

Su lógica era terrible.

Pero no convencido, sino vivamente herido se sintió el orgulloso caballero.

No se creía obligado a cumplir lo prometido a una criatura desdichada de la última clase de la sociedad.

Parecíale hasta absurdo que una mujer de la plebe hablase de honor, y mucho más absurdo que pretendiera ser esposa de un caballero que llevaba uno de los nombres más ilustres.

—Tu atrevimiento—replicó el señor de Saavedra—te lo perdono en gracia de tu candidez; pero no me hagas nuevas ofensas, porque me obligarías a tratarte como mereces.

No pudo ya dominarse Mariana.

—¡Vengo por mi honra —gritó fuera de sí—, y si os negáis a dar a vuestra hija el nombre a que tiene derecho, acudiré a los tribunales, al mismo rey, y me hará justicia! ¡No me améis; pero poned a salvo mi honor y la suerte de la criatura a quien habéis dado la vida!

—¡Has perdido la razón!

—¡Decidid, porque estoy dispuesta a todo, y por nada del mundo retrocederé!

Convencióse don Pedro de que la joven era muy capaz de producir un escándalo, cuyas consecuencias serían para él fatales, puesto que debía casarse muy pronto

con una dama tan bella como virtuosa y tan noble como rica.

El seductor quiso hacer la última prueba. Levantándose y abriendo uno de los cajones de una papelería, sacó un puñado de monedas de oro, que arrojó sobre la mesa.

Sordamente rugió Mariana.

Sus negros ojos relumbraron como dos carbunclos.

—¡Basta—gritó—; que con oro no se paga mi honra, con oro no se cicatrizan las heridas abiertas en mi alma! ¡Pediré justicia, y si se me niega, al menos todo el mundo sabrá quién sois!

Apurada era la situación para don Pedro.

Trastornada por el dolor, no debía detenerse Mariana.

Preciso era, ante todo, ganar algunos días.

—¡Te arrebatas fácilmente!—dijo el miserable con alguna dulzura.

—¡Defiendo mi honor y hablo en nombre de nuestra hija!

—Pero tus exigencias...

—¡Si no me amáis, podéis abandonarme para siempre después de haber dado vuestro nombre a nuestra hija!

—¿Crees que un hombre como yo puede casarse con facilidad? Te equivocas, y fácilmente te lo probaré.

—¿Quién os lo impide?

—Mi elevada clase.

—Pero con más o menos dificultad...

—Pues bien; déjame reflexionar y buscar medios de arreglar este asunto, porque yo no puedo casarme sin licencia del rey, y la licencia no se me otorgará si antes no arreglo el asunto de manera que aparezca que tú, aunque pobre, descienes de familia de hidalgos. No

es imposible representar la farsa; pero se necesita algún tiempo.

—Cuando hay voluntad firme...

—No puedo pedirte menos que un plazo.

—Según.

—Quince días, que es bien poco para quien ha esperado muchos meses.

—¿Y dentro de quince días?...

—Puedes venir, conocerás mi última resolución, y si no te agrada, harás lo que mejor te parezca.

No era posible que Mariana sospechase que le tendía un lazo.

Su alma era demasiado noble, y no creía que la ruina se llevara hasta cierto punto por ninguna criatura. ¿Qué importaban quince días más?

Creyó firmemente la joven que, sosteniéndose con firmeza, el comendador acabaría por ceder.

—Volveré dentro de quince días—dijo la desdichada.

—Llévate ese dinero.

—¡No!

—Quiero que vivas con desahogo.

—Nada necesito más que hacer feliz a nuestra hija.

Así pusieron término a la conversación.

Salió Mariana.

—¡Oh!—exclamó el señor de Saavedra— ¡Cree que iba a ponerme en el mayor de los conflictos! Pero afortunadamente, ya nada tengo que temer, pues cuando vuelva dentro de quince días, no me encontrará. ¡Y pretendía casarse conmigo! ¡A los villanos se les perturba la razón fácilmente!... ¿Cómo ha podido creer que yo había de ser su esposo? ¡Pobre muchacha! ¡Estúpida debe de ser cuando tan al pie de la letra tomó mis palabras!

La joven volvió a su pobre vivienda, y mientras un

raudal de lágrimas se escapaba de sus ojos, abrazó a su tierna hija.

Una por una y con angustioso afán contó desde aquel día las horas.

¿Amaba todavía al comendador ?

Sí, porque su pasión era inextinguible, y, por consiguiente, sufría también el tormento de los celos.

Diariamente iba a la calle de San Bernardo y contemplaba la casa de su seductor; pero nada veía que pudiera infundirle sospecha alguna. Pasaron dos semanas, que a la joven le habían parecido una eternidad.

Llegó por fin el día en que su suerte iba a decidirse.

La infeliz abrazó a su hija, la besó con frenesí, y salió de su casa mientras decía:

— ¡Dios me proteja!

CAPÍTULO CIII

Concluye la historia de Mariana

Con desigual violencia palpitaba el corazón de la joven aquel día.

Muchas veces tuvo que detenerse, porque apenas podía respirar.

Sentíase aturdida, y por más que se esforzaba, no conseguía recobrar la calma.

En el interior de su cabeza resonaba un zumbido sordo.

Miraba a su alrededor, y todos los objetos le parecían vagos y confusos.

Levantaba los ojos al cielo, y creía que éste había perdido su transparencia.

No brillaba como siempre la luz del sol.

¡Desdichada!

Sus pasos eran vacilantes.

¿No esperaba ser feliz aquel día?

Empeñábase en creerlo así; pero en lo más recóndito de su alma resonaba una voz anunciándole la desgracia última, la más horrible de todas, el último desengaño que debía destruir su corazón, y tal vez acabar con su existencia.

No, no la engañaba su instinto.

Llegó frente a la morada de don Pedro.

Detúvose.

Tenía miedo de entrar.

—¡Dios misericordioso!—exclamó con voz ahogada.
Dio un paso.

Volvió a quedar inmóvil.

—¡Concluyamos!—dijo al fin.

Su rostro estaba lívido y descompuesto.

Sus miembros temblaban convulsivamente.

Por instantes menguaban sus fuerzas.

La sostenía la voluntad.

Penetró al fin en el portal de la casa.

El portero le salió al paso, preguntándole brusca-
mente:

—¿A qué vienes otra vez?

—Don Pedro me aguarda.

—¿Que te aguarda? ¡Tú debes de haber perdido la
razón!

—¡Dejadme!

—¡No se puede subir!

—¡Os digo que vuestro señor me espera!

—¡Yo te digo que mientes!

—¡Preguntádselo!

—¡Te has empeñado en apurarme la paciencia, y lo
conseguirás!

—No miento, y debéis recordar...

—¡Repito que es imposible que veas a mi noble
señor!

—¿Acaso ha dado orden para que se me rechaze ?

—¡No se ha dignado acordarse de tí!

—¿Entonces ?

—Pero su señoría no está en Madrid.

—¿Que no está en Madrid ?

—Hace seis días que se fue.

—Pero...

—Y ahora está disfrutando de las delicias de la luna de miel.

—¡No os comprendo!—balbuceó la joven.

—Quiero decir que el señor don Pedro de Saavedra se casó a las seis de la mañana, y partió inmediatamente con su esposa.

Instantáneamente comprendió Mariana todo lo horrible de su situación.

No pudo soportar tan terrible golpe.

Exhaló un grito destemplado.

—¡Hija de mis entrañas!—exclamó.

No articuló una sílaba más.

Maquinalmente dio algunos pasos y salió de la casa.

La luz huyó de sus ojos.

Aun siguió andando como un autómeta.

Pocos minutos después extendió los brazos.

Su cuerpo vaciló y cayó pesadamente.

Había perdido el conocimiento.

Nadie pasaba entonces por allí, y la joven quedó abandonada.

Cerca de media hora transcurrió.

Llegaron algunos transeuntes, detuviéronse y contemplaron con fría indiferencia a la pobre Mariana.

—¡Parece que está muerta!—decían los unos.

—¡No, porque respira!—respondían otros.

—¿Qué le habrá sucedido ?

—Tal vez desfallecida por el hambre...

—Aunque su ropaje es pobre, no indica la miseria.

—No debemos dejarla sin socorro.

—¿Y qué hemos de hacer ?

—Debería venir un médico.

—El que le llame tendrá que pagar.

—Pues demos aviso a la justicia.

—Nos pedirán declaración y nos darán mucho que hacer los escribanos y alguaciles.

Así hablaban los unos y los otros, y mientras, la joven agonizaba sin que nadie la socorriese.

Quiso la casualidad que pasaran dos alguaciles, y acercándose al grupo, se enteraron de lo que sucedía.

—¿Qué hemos de hacer ?—preguntó uno de ellos.

La llevaremos al hospital.

Entonces los curiosos empezaron a alejarse por temor de que los obligasen a conducir a la enferma, según la costumbre de aquellos tiempos.

Otro curioso se acercó, miró a la joven, y exclamó con asombro:

—¡Dios bendito! ¡Es mi pobre vecina!

—¿La conocéis ?

—Habita en la misma casa que yo.

—¿Y quién es ?

—No puedo decir más sino que se llama Mariana y que es madre de una niña de muy poca edad.

—¿Cómo os llamáis ?

—Policarpo Recorte; mi oficio es sastre, y soy, además, portero de la casa donde habita: en todo el barrio me conocen por mi honradez.

—Pues si queréis socorrer a vuestra vecina...

—Claro es que sí, porque soy buen cristiano, y no permitiré que la lleven al hospital, ni mucho menos que su inocente hija quede abandonada. Ignoro si cuenta con recursos para vivir, pues lo único que sé es que a nadie ha molestado para pedirle nada; pero aunque yo tenga que partir con ella el fruto de mi trabajo, lo haré

con mucho gusto, porque así me lo manda Dios, y mi corazón también, y no puedo mirar con indiferencia la desgracia de esta infeliz.

—Sois caritativo, y Dios os premiará.

—Premiado estoy con la satisfacción de haber cumplido mi deber.

La Providencia enviaba al señor Policarpo, pues, de no haber sucedido así, Mariana hubiera sido conducida al hospital; y como no podía dar explicaciones sobre su situación, su tierna hija hubiera quedado en el más triste y espantoso abandono.

Fueron en busca de una camilla, que con gran dificultad pudo encontrarse.

Entretanto el honrado sastre roció con agua fresca el rostro de la joven y le hizo aspirar vinagre; pero no consiguió que recobrara el conocimiento.

La llevaron a su casa.

Una vez colocada en el lecho, y puesta al cuidado de algunas vecinas, corrió el señor Policarpo en busca de un médico.

Mariana volvió en sí con el auxilio de algunos medicamentos; pero no pronunció una palabra. Miró a todos lados con extrañeza.

Le hicieron algunas preguntas, y vieron que la infeliz se esforzaba para hablar sin poder conseguirlo.

Le acercaron su hija, y la estrechó contra su pecho mientras la besaba con frenesí.

No solamente había perdido el uso de la palabra, sino que no podía mover más que los brazos y la cabeza.

Declaró el médico que la enfermedad era muy grave, y que, aunque se consiguiera salvar la vida de la joven, había de transcurrir mucho tiempo antes de que pudiese hablar.

Antes de una hora la infeliz estaba devorada por una intensa fiebre.

Dio el señor Policarpo pruebas de que no había mentido al decir que tenía buen corazón, pues no omitió sacrificio en bien de la pobre Mariana.

Los vecinos hicieron muchos comentarios.

Empeñáronse en averiguar la historia de aquella mujer; pero no lo consiguieron.

Fue dominada la enfermedad, o más bien se salvó la vida de Mariana; pero nada más.

Lo que después sucedió lo saben ya nuestros lectores, pues lo referimos al dar a conocer a las dos infelices mujeres.

Llegó un día en que ya nadie dio importancia al estado de la pobre madre, porque aquel estado, en fuerza de prolongarse, había llegado a ser normal.

El portero de la casa del señor de Saavedra había entrado en su aposento apenas salió Mariana; por consiguiente, no vio que caía sin movimiento a poca distancia del edificio.

Un año después volvió don Pedro con su esposa.

Ninguna noticia había tenido de su desdichada víctima; pero temió que aún se le presentase para hacerle nuevas exigencias.

Queriendo evitar que sucediera así, llamó al portero y le dio las instrucciones convenientes.

—Señor—dijo entonces el criado—, pocos días después de haber salido de Madrid vuestra señoría, aquella muchacha se presentó.

—¿Y le dijiste que yo me había casado y que no debía volver en mucho tiempo?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo?

—Se puso pálida como un difunto, dio un grito, y me pareció que hablaba de su hija, lo cual me hizo suponer que se encontraba en algún grave apuro y que esperaba

de vuestra señoría algún socorro. En seguida se fue, y no ha vuelto a presentarse.

—Pues no olvides que a toda costa es preciso evitar que me vea.

—No lo olvidaré.

Otro año pasó.

Don Pedro de Saavedra acabó por tranquilizarse, suponiendo que Mariana se había alejado de Madrid, o que había muerto.

Tal era la historia tristísima de la madre de Consuelo, y tal el alma del padre de María.

CAPÍTULO CIV

Sigue la lucha de generosidad

Debe recordarse que el travieso Querubín se separó de María cuando ésta llegó a su casa, y ahora diremos que aquél se encaminó a la suya, donde con creciente impaciencia le esperaba don Juan de Monzón.

Viéronse ambos, contempláronse un instante con mirada indefinible y exclamaron:

—¡Padre mío!

—¡Hijo de mi alma!

—¡Mi madre, mi pobre madre!—dijo Querubín con ahogada voz.

Y dos lágrimas dolorosas y de inmensa ternura se escaparon de sus ojos.

También don Juan se sintió profundamente conmovido. Pasaron después algunos minutos sin que le fuera posible articular una sílaba, porque se sentía medio ahogado.

Grandes, supremos, casi sobrenaturales esfuerzos hicieron para dominarse.

Don Juan de Monzón rompió al fin el silencio para decir:

—¡Aclara mis dudas, explícate! ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no te acompaña María? ¿Por qué hablas de tu madre?

—¡Ya conozco el secreto!—respondió el joven.

—¡El secreto! ¿Qué quieres decir?

—¡Mi madre es la condesa!

—¡Querubín!—interrumpió don Juan fijando en su hijo una mirada penetrante.

—¡Oh!

—Tus palabras...

—¡Y no puedo vengarme, no puedo castigar al miserable que comete el más horrendo de los abusos!

Medio aturdido se sintió don Juan, porque se convenció de que su hijo conocía el secreto con todos sus detalles.

—¿Quién se lo había revelado?

No sospechó que la misma condesa hubiera dado a conocer su deshonor a la hija del comendador; pero Querubín le sacó bien pronto de dudas, diciendo:

—Todo lo sabe María, porque todo se lo ha dicho mi desgraciada madre.

—¡Imposible!

—La lucha ha cambiado de aspecto: es ya una lucha de nobleza; de generosidad; lucha que dejará destrozada el alma al que triunfe.

—Pero...

—No extrañéis que mi pobre madre haya revelado a María el terrible secreto, puesto que ya está decidida a dar a conocer su deshonor y aceptar las consecuencias; pero no conseguirá su noble propósito, no hará el sacrificio, porque don Leandro se casará con la hija del comendador, y yo me resignaré y devoraré en silencio

mi amargura hasta que Dios quiera poner término a mi vida.

—Querubín, estoy aturdido, y si te explicas con más claridad te lo agradeceré.

—Es muy poco lo que tengo que deciros.

—Sin embargo...

—Mi madre ha ido a la quinta: comprendiendo María la situación, y no queriendo aceptar la dicha a costa de la desgracia de los demás, renuncia a ser mi esposa y está resuelta a casarse con mi hermano.

—¡Tiene esa niña un gran corazón!

—Yo tampoco quiero la felicidad comprada con el honor de mi madre, y, por consiguiente, no aceptaremos el sacrificio. ¡Ahora me explico bien la conducta de don Leandro, que, tal vez haciendo deducciones, ha llegado a conocer el secreto!

—Así debe suponerse.

—La cuestión está resuelta, padre mío.

—¡Te equivocas!—replicó don Juan, que empezaba a recobrar la calma.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Crees que don Pedro de Saavedra se quedará satisfecho con que su hija se case con don Leandro?

—Es cuanto desea.

—Así lo dices porque no le conoces.

—¿Pues a qué más aspira?

—Su amor propio está herido, y necesita vengarse.

—Después que haya triunfado, quedará completamente satisfecho.

—Te odia porque te has burlado de él, y si no puede herirte directamente, lo hará en tus filiales sentimientos.

—¡Me hacéis temblar, padre mío!

—Quiera Dios que no me equivoque; pero cuando María y don Leandro se hayan unido y les sea ya impo-

sible retroceder, el comendador deshonrará a la condesa.

—Don Pedro, como todas las criaturas ruines, es cobarde.

—¿Y qué deduces de eso?

—Que no cometerá semejante abuso, porque tendrá miedo a nuestra venganza.

—Puede cometerlo y desaparecer.

El mancebo quedó pensativo.

Preguntóse si eran exagerados los temores de su padre, y le tranquilizó la idea de que nadie comete un crimen por el placer de cometerlo.

No contaba el joven con que el señor de Saavedra se consideraba de todas maneras perdido, pues creía que sus abusos no habían de ser perdonados por sus víctimas, y que éstas aprovecharían la primera ocasión para vengarse. Partiendo de esta suposición, no era posible que se contentara con el casamiento de su hija.

Si de todas maneras había de sufrir los efectos de la cólera de don Juan de Monzón, a lo menos querría tener la satisfacción de haber hecho todo el mal posible.

Así lo comprendió el padre de Querubín, porque era conocedor del mundo, y muy particularmente de don Pedro de Saavedra.

Ya sabemos que no se equivocaba.

El mancebo no podía discurrir lo mismo, y, sobre todo, creía que era absolutamente preciso dejar la situación tal como se encontraba, obrando después según las circunstancias que se presentasen.

—¿Y cómo evitaremos esas nuevas desgracias?

—No lo sé.

—Entonces...

—Cavilo y busco medios que todavía no he podido encontrar, porque ni quiero que tú sacrifiques tu co-

razón, ni que la condesa haga tampoco el sacrificio de su honra.

—¡Deseáis un imposible!

—Tal vez; pero aun no he podido resignarme.

Largo rato siguieron hablando así, hasta que el manco dio a la conversación nuevo giro, diciendo a su padre:

—Ahora quiero conocer vuestra opinión.

—¿Sobre qué?

—¿Os parece que el secreto podemos confiarlo al señor de Guevara?

—Así te obliga a hacerlo la gratitud, porque tanto le debes, que jamás podrás pagarle.

—Pero se trata del honor de mi madre, y, por consiguiente...

—¡Comprendo!

—Tengo la seguridad de que mi antiguo protector, ese hombre generoso que me ha servido de padre, se arrancaría la lengua antes que cometer una indiscreción.

—No te equivocas, y me complace mucho oírte hablar así.

—Pero su mismo buen deseo de hacerme dichoso le obligaría a cometer una locura. Ya sabéis que mi antiguo protector se deja arrebatar fácilmente, y como opina que todas las cuestiones se resuelven más pronto y mejor con la espada, encontraría el remedio en provocar un lance para matar al comendador.

—Es lo más probable que sucediera así, en cuyo caso la situación se agravaría, pues el señor de Saavedra no se detendría ante ninguna consideración.

—No por desconfianza, sino por prudencia, debo guardar por ahora este secreto, pues tiempo será siempre para revelarlo.

—Esa es mi opinión.

—¡Padre mío, siglos me parecen los minutos que pasan sin ver a mi madre!

—No quiero detenerte.

—Debo también conferenciar con mi hermano, pues ahora nos entenderemos fácilmente.

—¿Y te olvidas de la pobre Consuelo?

—No.

—El conde intentará nuevamente satisfacer su pasión impura, y es preciso vigilar a todas horas.

—Vigilaremos.

No hablaron más entonces.

Querubín salió de su casa, y se dirigió presurosamente a la de su madre.

Antes de ver a la condesa quiso hablar con Leandro, que estaba en su aposento, y tan preocupado y triste como era consiguiente.

No tenía ya dudas Querubín de que su hermano conocía el terrible secreto, ya fuera porque su madre se lo hubiera revelado, ya por haberlo adivinado él.

Una gran torpeza iba a cometer Querubín fundándose en semejante error, y para cometerla no vaciló un instante, pues apenas vio a Leandro, exclamó:

—¡Hermano mío!

Para el amante de Consuelo fueron estas palabras, más que un rayo de luz, una prueba incontestable de que no se había equivocado al hacer suposiciones y deducciones.

Lo que sintió no puede explicarse.

Llevarle hermano Querubín era lo mismo que decirle que su desgraciada madre había olvidado sus deberes, que estaba deshonrada.

Sabemos ya hasta qué punto Leandro respetaba a su madre, respeto que rayaba en adoración.

Palideció su rostro cadavéricamente.

Quiso hablar, y no pudo.

Su mirada se fijó en Querubín con tanto temor como ansiedad. No acertó a abrir los brazos para corresponder a las demostraciones cariñosas de su hermano, y éste, deteniéndose sorprendido, preguntó:

—¿Qué os sucede? ¿Acaso crelais que no había de conocer nunca el secreto de la espantosa desgracia de nuestra noble madre?

—¡Nuestra madre!—murmuró Leandro con sorda voz.

Y se pasó las manos por la frente, que empezaba a inundarse de frío y copioso sudor.

—¡Leandro!

—¡Nuestra madre! ¡No, no es posible; no debo creerlo, no quiero creerlo! ¡Oh! ¡Imposible, imposible!

Fácil es comprender el efecto que estas palabras producían en Querubín.

Convencióse de que si Leandro sospechaba, no sabía nada con seguridad; pero ya era tarde para retroceder.

Hubo algunos minutos de silencio.

Leandro empezó a recobrar la energía, y acercándose a Querubín, le dijo:

—¡Quiero explicaciones claras y terminantes!

—Lo único que me tranquiliza es que, por más que yo hubiera callado, nuestra madre ha revelado ya el secreto a María y está resuelta a darlo a conocer a todo el mundo.

—Pero ese secreto...

—No me casaré con la hija del comendador, ni ella tampoco quiere ser mi esposa, porque el egoísmo no cabe en su alma noble.

—¿Habéis hablado de este asunto con vuestro padre?

—Sí.

—¡Dios mío!—exclamó desesperadamente el amante de Consuelo.

— ¡Hermano mío!

— ¡Sí, soy tu hermano!

Dejándose llevar de los impulsos de su corazón, abrazáronse y pronunciaron palabras que no pudieron entenderse.

Largo rato pasó antes de que pudieran recobrar la calma.

Refirió Querubín lo que había sucedido en la casa de campo, Leandro habló de sus observaciones y sospechas, y terminaron la conversación jurando que se sacrificarían en beneficio de su desgraciada madre.

Aún quedaba por resolver una dificultad.

¿Cómo se justificaría Leandro cuando Consuelo le acusara de haber sido débil?

Para justificarse no tenía otro medio que dar a conocer la deshonra de su madre.

¿Le estaba permitido hacerlo así? No, porque antes debía sufrir todas las acusaciones.

El golpe sería doblemente terrible para la hija de la señora Mariana.

María renunciaba a su felicidad, porque así era forzoso, pero no experimentaba la amargura de un desengaño; mientras que Consuelo se creería olvidada, supondría que era mentido el amor que con tanta vehemencia Leandro le había pintado una y otra vez. El sufrimiento de los desengaños es quizá el más horrible para ciertas criaturas, y tal vez la hija de la señora Mariana no podría soportar el golpe.

A pesar de todo, Leandro cumpliría sus deberes; y en cuanto a María, aunque estaba decidido a casarse con ella, también había resuelto no ser su esposo sino en apariencia.

Esta última determinación reconocía por causa el más noble impulso: el vivísimo deseo de menguar en cuanto fuera posible el tormento que había de experimentar Que-

rubín al ver en brazos de otro a la mujer a quien tanto amaba. Lo repetimos: hasta en los detalles la lucha era de nobleza, de grandeza de alma, de generosidad, de abnegación.

—¡Quiero ver a nuestra madre!—dijo Querubín poniéndose en pie.

—Te dejo en libertad ahora, y después yo procuraré consolarla y convencerla de que es inútil que intente luchar, pues nada ha de conseguir si no aceptamos su sacrificio.

—De la firmeza de nuestra resolución no le quedará duda cuando me haya escuchado.

—¡Hasta luego, hermano mío!

Anunciaron a la condesa la visita del mancebo. Pocos momentos después se presentaba un criado para decir que su señora esperaba.

Querubín se estremeció.

Iba a gozar mucho, pero también a sufrir.

Le seguiremos.

CAPÍTULO CV

Cómo Querubín pudo convencer a su madre

Trastornado como estaba Querubín por las muchas y violentas conmociones que había experimentado en pocas horas, no pudo comprender lo que había de hacer sufrir a su madre al decirle que ya conocía el terrible secreto.

Verdad es que la condesa estaba decidida a publicar su deshonra; pero lo que esto había de costarle se anticipaba para la infeliz.

No pudo dominarse el mancebo, y sin cuidarse siquiera de ver si algún criado curioso observaba, apenas se en-

a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

El conde de Rocanegra y Andrés deciden raptar a Consuelo.

El comendador, que sigue amenazándoles con descubrir el secreto de la condesa al conde de Rocanegra, en cambio se opone a que Rocanegra rapte a Consuelo, que es hija suya, pues muchos años antes don Pedro tuvo amores con Mariana y la engañó vilmente.

COLECCIÓN ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



TÍTULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	J. Maer	Batallas	11	G. Larrin	El venado herido
2	-	El bulto por nosotros	12	-	Escudando en mano
3	-	(Por ella)	13	La Piedad	El saqueo del espacio
4	-	La astucia de una mujer	14	-	Al año siguiente
5	-	La venganza del destino	15	Servicio	El capitan Legende de guerra
6	-	El secreto de Mari-Rosa	16	-	Los amores de Francisco y la gloriosa
7	-	Utopía Moral	17	-	La margarita blanca
8	Edición	Las cosas van	18	-	La leyenda
9	G. Larrin	El hijo de María	19	-	El secreto de los reyes
20	-	-	20	-	El hijo de María

PRECIO DE CADA TÍTULO: 20 PUNTOS

5.000 PUNTOS

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS